



Dr. Prof. Don JESUS GONZALEZ URUEÑA

Existen en el mundo, como pensaba Blas Pascal, dos suertes de grandezas, las de establecimiento y las naturales. Las primeras, aunque deben observarse, son ajenas a nosotros y de índole circunstancial; las segundas, derivan del mismo ser y consisten en cualidades reales y efectivas, tales como la virtud, el saber, la bondad del corazón, la ordenada constancia en la persecución de fines elevados y honorables y otras; sólo éstas son perdurables dentro de las nieblas y serenidades de la movible condición humana; el señor doctor don Jesús González Urueña posee muchas de ellas en alto grado; los que hemos tenido el honor de servir a sus órdenes, podemos mejor que otros apreciarlas.

Al cumplir cincuenta años de vida ejemplar como médico, nos complace hacerle patente este modesto y debido homenaje.

Los Anales del Instituto de Biología rinden merecido tributo al sabio dermatólogo mexicano.

I. Ochoterena.

CINCUENTA AÑOS DE MEDICO

Discurso del señor Dr. don JESUS GONZALEZ URUEÑA al corresponder al homenaje de la Sociedad Mexicana de Dermatología, efectuado el 21 de marzo de 1943, en el salón de Actos de la Escuela Nacional de Medicina.

Heme aquí otra vez en esta querida Escuela y en este histórico salón al que llegué hace medio siglo, a las seis de la tarde del 20 de marzo de 1893, para sustentar la prueba teórica de mi examen general de Medicina. Salí de la Casa de Maternidad e Infancia, de la que era practicante interno, y que estaba situada en la primera calle de Revillagigedo, donde ahora existe la Inspección General de Policía y el Cuerpo de Bomberos. Me puse el traje entonces reglamentario para aquella ceremonia, todo negro, con larga levita cruzada y sombrero alto de seda. Era indispensable tal requisito doctoral para los actos profesionales de la recepción, como una marca de clase, nominalmente abolida hoy. El salón es el mismo, pero modificado por reformas de los que piensan que cambiando el cariz de las cosas se muda su esencia. El estrado se hallaba en el extremo opuesto al de ahora y se subía a la plataforma por una escalinata que yo ascendí en aquella tarde primavera, tanto de la estación como de mi vida, sacudido por la emoción, cuando oí tocar la campanilla que me anunció la entrada. Tomé asiento frente a la mesa del respetable jurado, presidido por mi maestro, el compañero de estudios de mi padre, el eminente toxicólogo don Juan María Rodríguez, en compañía de los profesores don José Ramón Icaza, don Francisco Hurtado, don Manuel Gutiérrez Zavala y don Fernando Zárraga. Fué el primer examen general del año y debió efectuarlo el llamado entonces Gran Jurado, al que todos le temían porque estaba integrado por el Director de la Escuela, don Manuel Carmona y Valle, como presidente, y por los doctores don Eduardo Liceaga, don Rafael Lavista, don Fran-

cisco de P. Chacón y don José María Bandera. Transcurridos ya casi tres meses del año tuve que apresurar mi recepción urgido por el señor Dr. don José Antonio Gamboa, a la sazón Jefe del Servicio Médico de Policía, que deseaba que yo ocupase su empleo de médico de la Sexta Demarcación, que al ascender quedó vacante. Así tuve que aceptar al Gran Jurado, el que a la postre siempre se desintegraba, porque los notables profesores que lo constituían raras veces asistían a estos actos. La prueba terminaba ya entrada la noche, la que se llamaba triste, sin duda comparándola con la del Conquistador Cortés cuando sufrió su terrible derrota. A las ocho de la mañana del día siguiente fuí al Hospital de San Andrés, ya desaparecido y ubicado en lo que es ahora la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas. Al subir la escalara, sólo encontré a mi risueño maestro el Dr. don Demetrio Mejía que entraba apresurado a su servicio y que me saludó amable. El examen y discusión de los cuatro enfermos que me tocaron, pues don Juan María Rodríguez se abstenía de darlo, se llevaron casi toda la mañana y después de la deliberación y votación del Jurado, su Secretario y también de la Escuela, Dr. don Tomás Noriega, me entregó el codiciado sobre que rezaba mi aprobación unánime. Nunca he olvidado la frase que me dijo don Juan María al recibir yo el documento: **Que sea para bien**, y su presagio se cumplió, porque la profesión de médico fué un bien para mí y para los míos, y por qué no decirlo sin falsa modestia, también para los enfermos a los que he podido curar o consolar.

Ya titulado me lancé a la vida con mi alforja llena de esperanzas, de las que algunas se convirtieron en realidades. Anhele y grande era para los médicos de entonces llegar a profesores de esta Escuela mediante el único camino de las oposiciones con sus pruebas severas e imparciales, el que pude recorrer con algunos tropiezos, pero al fin coronado por el éxito. Ingresar en la Academia Nacional de Medicina, que nos dejó deslumbrados desde estudiantes con sus sabias sesiones, era otra de nuestras ansias, la que pude satisfacer mediante concurso en el que fuí aprobado por muchos de mis maestros. Uno de ellos el Dr. don Luis E. Ruiz, notable pedagogo, no sólo enseñaba higiene en su brillante cátedra, sino otras muchas cosas de gran sentido filosófico. Así nos dijo una vez que para disfrutar de independencia moral, teníamos que alcanzar independencia económica y su apotegma sirvió para esforzar mi conducta a fin de realizarlo, permitiéndome tomar en la vida muchas determinaciones honorosas que sin haber resuelto tal desideratum, me hubieran sido imposibles. No conocíamos "El arte de hacer clientela", pero deseábamos

ardientemente obtenerla y veíamos con noble emulación los consultorios de Liceaga, Lavista, Terrés, Ramos, etc., llenos de enfermos y pensábamos que algún día así podría estar el nuestro. Esto que me pareció un sueño, también llegó a realidad, y a la bondad de mis clientes debo mis mejores horas.

Pero no deseo hacer mi propio panegírico y sólo he querido desprender del libro de mi historia esta página íntima, pensando que hay momentos de solemnidad mayor, que este, en el que es permitido recordar lo que uno creyó triunfos, sin vanagloriarse y sin faltar al recato que se debe mostrar de sí mismo.

Mas en mi dorada alforja juvenil murieron otras esperanzas. Allí quedó en ilusión el dulce hogar, el **home sweet home**, con la compañera y los hijos amables; pero mi experiencia de vida tan larga, al recoger sobre todo las confidencias de mis clientes, me consuela de tal pérdida, porque el soñado hogar es a menudo la casa evangélica, en la que de los cinco que viven en ella, dos están contra tres y tres contra dos. Otra de las esperanzas muertas fué la que confió en obtener la felicidad, en particular por el dinero. Siempre es preciso que la dicha acabe, como afirmó el poeta, y la riqueza es torturadora, inquietante y para muchos un elemento de corrupción.

Ya que habéis sido tan generosos para conmigo al tributarme este homenaje, permitidme que lo comparta con mis compañeros muertos que en este año celebrarían también su jubileo áureo, exceptuando a Uzeta, y que en alas del recuerdo los haga venir aquí.

Agea Ramón, Beltrán Bernardino, Bernal Miguel, Carranza Federico, Cerda Jacobo, Deffis Reynaldo, Farías Arnulfo, Farías Emigdio, Grande Ampudia Francisco, Guerra Antonio H., Macouzet Roque, Manrique Luis, Michaús Salvador, Montes de Oca Vicente, Urías Antonio, Villarreal Alfredo, Villarreal Julián y Uzeta Horacio.

Todos deben haber estado penetrados de los mismos anhelos que yo tuve. Macouzet y Villarreal Julián fueron profesores distinguidos de esta Escuela y el último su Director en tiempos muy azarosos. Ambos tuvieron numerosa clientela en esta capital y gran prestigio social. Deffis fué médico de la aristocracia con la que estuvo muy relacionado. La mayor parte de los otros ejerció fuera y pasado tiempo, algunos regresaron a radicarse aquí. A Jacobo Cerda debe tributársele un recuerdo especial, porque al recibirse fué mandado como médico militar a la campaña del Yaqui, donde luego lo inmolaron los indios, al tomarlo prisionero en una escaramuza, previos tormentos salvajes, propios de su barbarie. Al invocarles de nuevo, los vuelvo a ver en

las aulas, en los divinos días de nuestra juventud, pasando por este mismo salón para sustentar las pruebas finales de la carrera. ¡Qué todos descansen en paz!

Siento que las palabras me faltan para agradecer como corresponde esta inmerecida manifestación que se ha servido hacerme la Sociedad Mexicana de Dermatología. El cariño y la gratitud de mis discípulos y amigos que ella significa es otra de mis últimas esperanzas convertida en realidad en mi vieja y exhausta alforja. En nombre de este hallazgo con el que tanto bien me habéis hecho, os reitero mi reconocimiento.

Resta, por último, tributar a mis compañeros que aún viven un recuerdo cariñoso y agradecer mucho su presencia a los que aquí se hallan honrando la ceremonia. Sólo quedan Aragón José María, Barragán José, ausente en Monterrey, Beristáin Porfirio, Castañeda Gonzalo, Irisarri Jesús, León Martínez José, Méndez Arturo, residente en San Luis Potosí, Nájera Manuel, accidentalmente en Guadalajara, Velázquez Uriarte Juan. Ignoro si Arratia Aurelio vivirá o no.

De los veintinueve que formábamos el curso, únicamente diez hemos sido respetados por la muerte. Que los que me oyen sepan que la flor de mi amistad tiene el mismo perfume y lozanía que en los días juveniles y a los que no me escuchan les envío en espíritu idéntica declaración, deseando para todos celajes dorados en el atardecer de sus vidas.